

# Misionemos Gestando Humanidad

*Familia Lanteriana 2015-2016*

## **1- Pedagogía de la presencia**

En la Iglesia queremos ser comunidades proféticas, una presencia viva y misionera para el mundo actual. Sabemos que nuestras ausencias o retraimientos desembocarán -tarde o temprano- en injusticias o en estructuras inhumanas que las padecerán, en primer lugar, las víctimas invisibilizadas.

Por eso, celebrando la Asamblea de la Congregación en la Argentina, renovamos nuestro **compromiso existencial con el débil**, como lugar teológico más que como pura emergencia social. También queremos seguir creciendo en **humanidad y en constante conversión**, pues no nos acercamos a los hermanos porque seamos fuertes o esclarecidos, sino porque también nosotros hemos sido salvados. Pero también queremos seguir cuidando y acrecentando la **palabra libre y liberadora**.

La Iglesia quiere mostrar lo que el mundo intenta esconder: el hombre pobre, el herido o marginado, el enfermo o anciano, el que no tiene acceso a la justicia o no puede tomar decisiones libres, el indocumentado o "ilegal", etc. Y su voz profética, además, denuncia las causas de la deshumanización. Francisco habla de "volquetes existenciales", es decir, un universo entero de personas frágiles, de todas las edades, abandonadas a su suerte.

En las comunidades lanterianas tenemos dos "caminos".

Uno de ellos es el que abre la **palabra que sana y visibiliza**. Es posible que no tengamos a mano todos los recursos humanos o pedagógicos frente a la violencia, desesperación o indiferencia de muchos. Pero tenemos una Palabra que no es nuestra, que nos excede y que es realmente poderosa. Queremos que nuestra palabra esté presente donde hay dolor humano o donde aún no hay suficiente intensidad evangélica.

Por eso, nos hace bien discernir de qué hablamos habitualmente o de qué nos ocupamos en nuestros discursos, predicaciones o escritos; si *anestesiemos* conciencias o, como Jesús frente al joven rico, miramos la profundidad del espíritu humano y anunciamos una palabra capaz de salvar.

Otro camino lo abre el **gesto de ternura paterna**. La misericordia se traduce en cercanía y escucha para con quien necesita encontrarse consigo mismo, para quien busca no sólo el perdón sacramental sino el existencial. En nuestro entorno hay grupos enteros de personas que no hacen parte de nuestras comunidades y, posiblemente, nunca lo harán formalmente. También están los "cercaños" que aún no conocen al Señor.

¿Cómo estamos presentes en *los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren*?  
¿Cómo abordamos las situaciones conflictivas que crean distancias y que acaban por convertirnos en lejanos?

La misericordia no es una inicial estrategia de conquista, sino amor, entrega y vínculo desinteresado, particularmente con quien no es tenido en cuenta. Sus gestos están llamados a no quedar en el aislamiento, sino que deben crear las nuevas alianzas que necesitamos, donde se involucren las escuelas y los papás, los grupos de pastoral parroquial y las familias, etc; y nos piden abandonar actitudes hijas de la amargura y de la queja constante.

Estas alianzas nos piden madurez para superar las frustraciones. Por eso, en las comunidades parroquiales, educativas o en los centros de pastoral o misionales no podemos abandonar nuestro rol de adultos referentes que puedan abrazar, escuchar, contener e incluir.

## **2- Crear espacios**

La relación "centro-periferia" es y será, de algún modo, generadora de tensión pastoral.

Sin embargo, si es que vale preguntarnos por lo periférico, también es sumamente necesario plantearnos dónde están los centros y si las comunidades lanterianas seguimos ligadas estructuralmente a ellos.

¿Qué decimos con la expresión "periferias"?

Un icono evangélico nos puede ayudar: el Señor Jesús compadecido por las personas que lo siguen y "que andan como ovejas sin pastor" (Mc 6,34). El Papa suele utilizar la expresión "descartes humanos", "volquetes existenciales".

Estamos hablando de personas y grupos humanos abusados, explotados, víctimas de la trata, de la mentira y de las inmigraciones forzadas.

La Iglesia -y sus comunidades- no puede quedarse en el "centro" atrapada por quienes, desde el poder -que no siempre es político-, crean pobreza y desigualdad.

No somos ricos que, de vez en cuando, tomamos contacto con los pobres llevando nuestra solidaridad, para luego volver a nuestras seguridades económicas, sociales y discursivas.

La opción por el pobre -como opción cristológica- entraña en sí misma un humilde reconocimiento: la Iglesia y el pobre son dos sujetos que se deben encontrar. Sin embargo, el pobre no es sólo destinatario del anuncio, sino también testigo y protagonista de la construcción de su realidad existencial vivida en Cristo.

Por eso, el servicio misionero pide un segundo momento: **la irrupción del pobre en la Iglesia**, en sus comunidades, en la elaboración de sus proyectos evangelizadores, en sus ministerios, etc. De modo que ya no hablemos de dos sujetos, sino de uno solo. Esta transformación-conversión no se realiza desde el "centro", sino desde las márgenes. Ese binomio inseparable -evangelio y pobre- **se hace persona en** el Señor Jesús a quien amamos y seguimos.

### **3- Pastoral del cuidado**

Bruno Lanteri dedicó mucho tiempo a predicar y escribir sobre el amor fraterno; la celebración -en 2016- del Bicentenario de la Congregación es una ocasión propicia para volver a la vigencia de sus palabras. Allí hay una llamada evangélica a la conversión constante.

Ese llamado a la comunión hoy es un desafío para muchos hermanos que -bautizados- no viven plenamente la vida de la Iglesia. Son hermanos católicos que viven su fe al margen de la comunidad cristiana o alejados de la vida de las comunidades parroquiales o movimientos.

Las causas son variadas: el progresivo distanciamiento entre la predicación de la Iglesia y la vida concreta de los cristianos; el insuficiente diálogo entre la vida y la fe y entre la cultura y la fe; la poca -o la ausente- actitud pastoral ante situaciones difíciles; un cierto desprecio hacia la espiritualidad popular expresada particularmente en los Santuarios; una catequesis empobrecida, más preocupada por enseñar religión que por transmitir la experiencia del Resucitado, etc.

Sigue instalado en la mentalidad de muchos que las madres solteras, los matrimonios en situaciones "irregulares", las personas que por "x" motivo abandonaron la comunión sacramental o mujeres y hombres en situaciones de pobreza, etc no deberían acceder a la gracia sacramental con *tanta naturalidad*.

Algunas veces, la burocracia de la parroquia o la poca flexibilidad de las personas dificulta lo que para muchos es el principio de un encuentro con el Señor.

La comunión fraterna no puede ser sólo una experiencia para ser vivida sólo hacia adentro, con un único objetivo de "sentirnos bien juntos", pues acabaría en una forma más de fuga. La comunión es una gracia que el Señor nos da y nos seguirá dando para ser entregada -con alegría, cercanía y entusiasmo- a los hermanos que aún no pueden vivir plenamente su vida cristiana. Una *pastoral de rostro alegre* invita a descubrir la potencialidad que existe en cada hombre y en cada mujer, a no perder la capacidad de sorpresa por las obras que el Espíritu realiza más allá de las fronteras "visibles" de la Iglesia, y a cuidar así la comunión eclesial en su sentido más pleno.

La vocación lanteriana nos reclama nuevas expresiones de **la ternura materna de Dios que siempre incluye** y jamás deja fuera a ninguno de sus hijos.

La comunión debe ser cuidada de las divisiones. Pero también de la dureza de los corazones, manifestadas en exigencias que no vienen del Señor y que acaban por tributar en formas de elitismo espiritual. Esta reedición del pasado, pero con elementos culturales distintos y originales hace difícil el encuentro con el Señor y con los bienes que el Espíritu entrega desde las comunidades cristianas. Son formas de "neo-jansenismo" expresadas en clericalismos y privilegios que desprecian al Pueblo sencillo y fiel; sanciona con dureza, pone particularmente en evidencia las faltas morales de los otros, y dificulta la paz interior y la conversión.

Como al p. Lanteri, **vivir en estado de misericordia nos hará proactivos** ante las nuevas formas de exclusión y nos permitirá descubrir y cuidar más serenamente los gestos misionales allí donde ya existen, más allá de las estructuras institucionales. Esa *capilaridad misionera* es pura vida evangélica que recorre silenciosamente nuestros barrios llegando a todos.

Por esto mismo debemos convocar a más hermanos, porque el cotidiano servicio misionero y pastoral de las comunidades es puerta de entrada a la vida en el Espíritu a la que el Señor llama a todos.